

mente (224) es: ¿por qué Estados Unidos pasó de internar enfermos mentales intensivamente entre 1930 y 1970 a encarcelar criminales masivamente desde 1973? Explorar el paso del asilo a la cárcel, le permitiría ahondar en la conexión entre el neoliberalismo y la salud, es decir, delimitar en qué medida el neoliberalismo ha ido desmantelando el estado del bienestar para crear un *estado del malestar* en el que los beneficiarios de las ayudas sociales son reclusos en cárceles privatizadas y/o gestionadas por corporaciones que cotizan en bolsa. De hecho, la conexión neoliberalismo/salud atrae cada vez mayor atención (véase Peter Hall y Michèle Lamont, eds., *Successful Societies*, 2009).

Por último, otra repercusión del neoliberalismo no abordada por Harcourt es la guerra; no contra las drogas (cap. 10) sino contra otros países. En 1973, año de inicio del encarcelamiento masivo, también comenzó la escalada del gasto militar estadounidense, con alzas notables durante las presidencias de Reagan y George W. Bush. Como David Bell ha investigado (*The First Total War*, 2007; trad. cast. en prensa) existen conexiones indudables entre las guerras neoliberales y el ascenso de la guerra total en el periodo napoleónico, justo cuando Bentham experimentaba con su «extraña alquimia».

The Illusion of Free Markets es una obra de una gran ambición intelectual. Pocos investigadores pueden moverse con tanta soltura entre los debates sobre el despotismo legal antiguorregimental, los legajos de la policía de París a mediados del siglo XVIII, la legislación decimonónica del Chicago Board of Trade, las teorías de la Escuela de Chicago y la actual crisis económica. La creencia de que «los mercados son libres» ha sido denunciada cíclicamente, pero rara vez se ha trazado su genealogía de una manera tan histórica y a la vez tan actual.

Álvaro Santana Acuña,

Universidad de Harvard

FERNANDO DEL REY REGUILLO (Dir.): *Palabras como puños: la intransigencia política en la Segunda República española*, Tecnos, Madrid, 2011, 675 págs.

Ha sido y es un lugar común de buena parte de la historiografía que ha abordado el fenómeno de la violencia política en las retaguardias republicana y franquista prologar su estudio con largas disertaciones sobre los años que precedieron al estallido bélico como un rayo de luz apagado sin miramientos. Tampoco han faltado quienes, desde el extremo opuesto, han dejado correr ríos de tinta que reducen la Segunda República a un nefasto antecedente del 18 de julio legitimado por la anarquía reinante en aquella. Sin embargo siguen echándose en falta trabajos que, atendiendo a la teoría y praxis de los agentes políticos y a sus lógicas discursivas y de organización, desvistan a la Niña Bonita de su sacralizado manto para que el tiempo transcurrido entre 1931 y 1936 pueda dotarse de una entidad propia a modo de nudo de un relato razonado y razonable

sobre una de las causas estructurales de su temprano hundimiento: sus déficits democráticos. A suplir ese vacío contribuye sin duda este libro, que reúne los trabajos de ocho reputados investigadores sobre las retóricas discursivas de distintos partidos y grupos de poder e influencia en liza.

Autor de una vasta producción bibliográfica, Fernando del Rey dirige una obra en la que siguiendo a Anthony James Gregor advierte a su comienzo de la necesidad de superar el manido debate entre fascistas y antifascistas, progresistas y reaccionarios o derechas e izquierdas por claves interpretativas más acordes al contexto de la Europa de entreguerras como el enfrentamiento entre antidemócratas y demócratas con independencia de ideologías que, por otra parte, guardaban más semejanzas de las que parece. Una dinámica a la que, con sus particularidades y problemática propia, España no permaneció ajena. A partir de estas premisas, cada capítulo pasa a desentrañar la carga de violencia verbal que precedió y propició la física planteando varios interrogantes que los responsables de los textos se proponen y logran resolver con solvencia; ¿qué suponían la democracia y sus instituciones representativas para cada una de las opciones políticas?, ¿cómo la entienden y la ejercen?, ¿qué concepción tenían del adversario?

Aclamada y proclamada en medio de la algarabía popular, la República fue cuestionada desde 1931 por los extremos políticos. Entre el pragmatismo de Pestaña y el jaque permanente propugnado y practicado por los faístas, el desafío libertario al proyecto republicano y su apogeo al socaire de las dificultades económicas y sociales fue incesante. La represión contra los desmanes provocados por el anarcosindicalismo —en particular el constante uso de la fuerza durante el bienio republicano-socialista— alimentó el victimismo de sus líderes, que no dudaban en reclamar los derechos y libertades que, por *fascista* y *reaccionaria*, negaban a la derecha mientras justificaban primero y celebraban después los ataques contra sus miembros. En este sentido, cabe recordar cómo Federica Montseny advertía a sus enemigos tras la quema de conventos de mayo de 1931 que sobre ellos se abatiría necesariamente el furor de un pueblo que anhelaba desahogarse. Si Gonzalo Álvarez Chillida analiza la evolución de los anarquistas, Hugo García hace lo propio con los comunistas partiendo de una ambivalencia entre palabra y hecho condicionada por el recurso a la violencia, seña de identidad de la cultura política comunista en toda Europa y nunca apartada como medio de consecución en España. Antes al contrario, el resto de medios quedaban supeditados al irrenunciable fin de la instauración del socialismo por lo que la calle y las pistolas suplieron su nula presencia política y les abrieron un espacio en el movimiento sindical que acabó reforzando su poder dentro de las fuerzas obreristas. Cuando José Díaz auguró a Gil Robles su muerte con los zapatos puestos a manos de la «justicia del pueblo», no estaba haciendo otra cosa que despejar las dudas sobre la concepción de la democracia por parte de sus correligionarios.

Fernando del Rey es también el encargado de resumir la trayectoria del PSOE en estos años. Si el comportamiento de anarquistas y comunistas podía

esperarse por su propia naturaleza y evolución, más difícil resultaba garantizar la supervivencia de un sistema cuando quienes se presentaban como «guardianes vigilantes» del mismo hasta el punto de considerarlo «esencialmente nuestro», lo socavaban. Así, el PSOE hizo de la democracia un medio para la conquista revolucionaria en cuanto la voluntad expresada en las urnas llevó al poder a quienes entendían que no debían detentarlo; a la misma «panda de imbéciles» que participó de la legalidad de una República que debía marginarles por enemigos y a los que su entrada en el Gobierno solo cabía echar por la fuerza porque, tal y como Largo Caballero expuso a los jóvenes del partido poco antes del nombramiento de los primeros ministros derechistas, la revolución no se hacía dando vivas al socialismo sino en la calle contra el enemigo.

Como los socialistas, la Esquerra Republicana también se fue radicalizando al calor de los acontecimientos. Señala acertadamente Eduardo González Calleja que el punto de no retorno fueron las elecciones de 1933 y la ruptura con los gobiernos de Madrid tras el cambio de signo político de estos. La tensión se agudizó tras la revolución de octubre de 1934 y el ingreso en prisión en los miembros de la Generalitat y aunque Lluís Companys tratara de recuperar el centro de la acción política catalana tras la formación del Frente Popular, el «conglomerado político plural, contradictorio y complejo» que constituía la Esquerra siempre rechazó la posibilidad de asimilar al adversario político y empleó una variada gama de recursos — oscilantes entre la violencia y el obstruccionismo político — para lograr los fines propuestos. El mismo compromiso teórico con la democracia mantenían los cuadros y militantes radical-socialistas pero su concepción privativa de la Segunda República dificultó cualquier ensanchamiento de sus márgenes políticos de legitimación hacia quienes se encontraban situados a su derecha. Manuel Álvarez Tardío es el autor de sendos capítulos que glosan el discurso y la acción de aquellos y de la derecha *accidentalista* de José María Gil Robles cuya detenida lectura resulta imprescindible para entender cómo en política las palabras simplemente preceden a los puños.

Por el lado radical-socialista, un tibio posicionamiento frente a la amenaza revolucionaria, la banalización del concepto mismo de democracia — Albornoz llegó a cuestionar la concepción misma del parlamento como depositario de la soberanía nacional — y la obsesión por excluir a una derecha a la que se consideraba provocadora de todos los desmanes de la izquierda, no ayudaron en modo alguno a la consolidación de un campo político seriamente comprometido con la democracia y la libertad en la izquierda republicana burguesa. Si el partido de Marcelino Domingo representaba a buena parte del centro izquierda español, la CEDA era la fuerza predominante en el flanco derecho del arco político. Reformulando el título de las memorias de su líder, la paz pudo ser posible si hubiera habido entendimiento con los republicanos de izquierdas. Pero desde una posición de mediana deslealtad, la derecha católica entendió la Segunda República como ajena y a quienes quisieron sentirla como propia o trataron de ser asimilados se les hizo ver su error; la Constitución, su desarrollo

normativo y la práctica discursiva del oponente dan fe de ello. Recordado siempre por sus adversarios por su amenaza de hacer desaparecer el Parlamento si antes no se sometía a sus designios, lo cierto es que Gil Robles rechazó sentirse identificado con el extremismo fascista a solo dos meses de la guerra pero él y los elementos más transigentes de su confederación política quedaron presos del contexto político y de sus juventudes hasta apoyar humana y económicamente el golpe militar.

En las páginas en las que Pedro Carlos González Cuevas analiza el fascismo español, se advierte no solo el conocimiento de uno de los mejores especialistas en el devenir histórico de las derechas españolas —particularmente brillante es su capacidad para condensar el origen doctrinal de este movimiento— sino también la importancia de la calle como sustituto del parlamento a lo largo de la República a diestra y siniestra. A diferencia de otros grupos y en sintonía estratégica con los anarcosindicalistas, para los fascistas españoles nunca hubo otro medio posible y de ahí no resulta difícil concluir apostando por la guerra «aun cuando perezcamos todos». A González Cuevas se deben también las líneas dedicadas a los monárquicos y que necesariamente insisten en el intento de Calvo Sotelo de llevar a la CEDA de su estrategia *malminorista* hasta posiciones maximalistas aprovechando el desgaste —por la corrupción— de su alianza con Lerroux. Tras el fracaso de la intentona golpista de 1932, la minoría monárquica no dejó de apostar por la vía insurreccional y rechazar por acomodaticios a los cedistas tras su entrada en el gobierno. Siempre contrarios a la democracia, tras la derrota electoral de 1936 la espiral de odio absorbió de forma creciente la base social católica que hasta entonces se les negaba y favoreció el triunfo por las botas tras el fracaso con los votos, erigiéndose su líder en protomártir.

La obra finaliza con dos trabajos estimulantes de Javier Zamora Bonilla y Diego Palacios Cerezales. Con el expresivo título de «Discursos irresponsables, retóricas intransigentes», Zamora Bonilla analiza un elemento transversal en las fuerzas políticas contendientes: la influencia de los intelectuales en su proclamación y su responsabilidad en la degradación de su espíritu cívico. Unos por su concepto restringido y posesivo de la República y otros debido a doctrinas esencialistas sobre el significado no menos excluyente de España, acabaron por matarla poco a poco hasta dejarla morir en soledad. Por último, Palacios Cerezales aborda el papel jugado por las Fuerzas de Orden Público en un periodo en el que se vio alterado en repetidas ocasiones. Lo hace tratando de demostrar el compromiso civilista de buena parte de la policía incluso después de la revolución de Asturias y que, de forma novedosa, incorpora la visión de los agentes a través de un exhaustivo conocimiento de fuentes hemerográficas y obras coetáneas.

Se cierra así un esfuerzo colectivo en el que no es difícil apreciar la influencia teórica de autores como Juan J. Linz y sus trabajos sobre la crisis de las democracias en el periodo de entreguerras pero que si por algo destaca es por incorporar perspectivas internacionales que enriquecen su comprensión al insertar la investigación en unas coordenadas temporales bien definidas y mejorar

su entramado apoyándose en la metodología apropiada. Si la brutalización de la política (George L. Mosse) permite lo primero, referentes de historia local y microhistoria como el celebrado «Vecinos» de Jan T. Gross permiten el salto de calidad de la obra como logrado y bien acabado intento coral y que por su propio carácter es recomendable afrontar en su lectura desde la introducción —absolutamente imprescindible— hasta el final ya que, aunque aparentemente estructurado en forma de capítulos estancos, existe un fuerte interés por dotar de cohesión a cada una de sus partes.

Edward Carr entendía la historia como un proceso de diálogo infinito entre el presente y el pasado en el que el historiador interactuaba con los hechos. Esa necesaria movilidad del pasado requiere de trabajos que, como el aquí reseñado, afronten con valentía, sin corsés y con honestidad intelectual una época aún más turbulenta en el relato historiográfico que en sí misma. Es cierto que no están todos los que son —el carlismo podría haber merecido un tratamiento específico y diferenciado— pero sí son todos los que están y las páginas dedicadas al estudio de todos ellos nos dejan a las puertas de una cruenta guerra civil que, paradójicamente, está tan ausente en el texto como presente en el conjunto.

Javier Gómez Calvo,
Universidad del País Vasco

JULIUS RUIZ: *El terror rojo*, Espasa, Barcelona, 2012, 459 págs.

No son pocos los hispanistas que comparten el viejo dogma republicano-regeneracionista según el cual no existían diferencias relevantes entre la España de Felipe II y la del Alfonso XIII y por extensión claro, entre la primera y la de Franco. Los breves períodos de ilusión emancipadora en nuestra historia contemporánea, tan deslumbrantes como efímeros, no pueden ser objeto de un análisis crítico, porque significaría «hacerle —el —juego —a— la —derecha —española —de —siempre». Esto suele ser así para las Cortes de Cádiz, la Primera República, el pensamiento de las generaciones del 98 y del 14, no digamos para la Segunda República (a excepción hecha del «bienio negro») y muy especialmente en lo que concierne al bando republicano durante la Guerra civil. De esta forma, Julius Ruiz ha de vérselas con un asunto muy ingrato y más que sensible en la economía ideológica del enfoque progresista de la España contemporánea. Por eso resulta particularmente idónea la insólita mezcla de un historiador con hondas y evidentes raíces españolas, que ostenta, al mismo tiempo, la condición de británico de nacimiento y educación de los pies a la cabeza. Posiblemente por eso nuestro autor no se manifiesta en este arduo terreno de la represión y el terror republicano desde la ventriloquia de la historia tejida a base de *estructuras* y *coyunturas*, hoy ya bastante anticuada, pero siempre útil para eliminar la responsabilidad individual. Ni tampoco desde los ám-